

ALBERTO CUSTERLINA

El
SECRETO
del
MANDYLION

A la sombra del Imperio

Título original: *All'ombra dell'Impero*
Episodio 1, Il segreto del Mandylion

Diseño de cubierta: Alberto Lameri y Mara Scanavino

Primera edición: 2017

© 2013 Baldini&Castoldi - Milano
© traducción: Juan Carlos Postigo Ríos, 2017
© de esta edición: Algaida, 2017
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-16691-42-5
Depósito legal: SE. 137-2017
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

DE LOS RECUERDOS DE ARTAN HAGOPIAN	
<i>Una llamada inesperada nunca trae buenas noticias . . .</i>	11
DOMINGO	
CAPÍTULO 1	21
DE LOS RECUERDOS DE ARTAN HAGOPIAN	
<i>Los peligros de Hong Kong</i>	24
CAPÍTULO 2	31
CAPÍTULO 3	39
DE LOS RECUERDOS DE ARTAN HAGOPIAN	
<i>Una breve travesía en sampán</i>	43
CAPÍTULO 4	49
CAPÍTULO 5	55
CAPÍTULO 6	61
CAPÍTULO 7	70
DE LOS RECUERDOS DE ARTAN HAGOPIAN	
<i>La Flor de la Montaña Encantada</i>	79
CAPÍTULO 8	85
CAPÍTULO 9	91
DE LOS RECUERDOS DE ARTAN HAGOPIAN	
<i>Una breve conversación entre Macao y Hong Kong.</i>	104
LUNES	
CAPÍTULO 10	113
CAPÍTULO 11	126
DE LOS RECUERDOS DE ARTAN HAGOPIAN	
<i>Huyendo hacia Singapur.</i>	134
CAPÍTULO 12	139
DE LOS RECUERDOS DE ARTAN HAGOPIAN	
<i>Un ritual oscuro, una navegación tormentosa</i>	150
CAPÍTULO 13	156
CAPÍTULO 14	163
DE LOS RECUERDOS DE ARTAN HAGOPIAN	
<i>Pesadillas e historias en el mar de la China meridional</i>	172

MARTES

CAPÍTULO 15	179
CAPÍTULO 16	195
CAPÍTULO 17	208
CAPÍTULO 18	221
DE LOS RECUERDOS DE ARTAN HAGOPIAN	
<i>El medallón de la Flor de la Montaña Encantada</i>	230
CAPÍTULO 19	235
CAPÍTULO 20	249
CAPÍTULO 21	265
DE LOS RECUERDOS DE ARTAN HAGOPIAN	
<i>En busca de pruebas en Hong Kong.</i>	273
CAPÍTULO 22	281
CAPÍTULO 23	296
CAPÍTULO 24	309

JUEVES

CAPÍTULO 25	323
CAPÍTULO 26	336
CAPÍTULO 27	341
CAPÍTULO 28	345
CAPÍTULO 29	351

VIERNES

CAPÍTULO 30	361
CAPÍTULO 31	367
CAPÍTULO 32	382
CAPÍTULO 33	387
CAPÍTULO 34	395
CAPÍTULO 35	402
CAPÍTULO 36	411
CAPÍTULO 37	418

SÁBADO

CAPÍTULO 38	427
Epílogo.	435
Notas del autor	439
Agradecimientos	443

*Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio,
que las que sospecha tu filosofía.*

WILLIAM SHAKESPEARE

*En donde hay mucha luz,
la sombra tiende a ser muy profunda.*

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

*Sin salir de la puerta se conoce el mundo.
Sin mirar por la ventana se ve el camino del cielo.
Cuanto más lejos se va, menos se aprende.
Así, el sabio, no da un paso y llega,
no mira y conoce, no actúa y cumple.*

LAO TZU

DE LOS RECUERDOS DE ARTAN HAGOPIAN

Una llamada inesperada nunca trae buenas noticias

ES NATURAL QUE DE PRONTO NOS DÉ UN VUELCO EL corazón si una noche —aunque estuviésemos despiertos y estuviésemos leyendo un buen libro frente a una chimenea encendida—, alguien se presentase de repente en nuestra puerta y llamase desesperadamente.

Esto fue lo que me sucedió el 18 de octubre de 1890, poco antes de medianoche. Por lo general, soy un hombre que no es fácil de impresionar, pero aquella vez me pilló por sorpresa, con el *slivovitz* que había bebido como cómplice después de cenar y cierto cansancio debido al intenso día de trabajo en la tienda.

Acababa de terminar de liar un cigarrillo cuando aquel ruido insistente me obligó a ponerme la bata y acudir con paso veloz a la entrada de casa, con el ánimo en parte irritado por lo avanzado de la hora y en parte apesadumbrado por la preocupación. Abrí la puerta y reconocí al joven criado egipcio de *sir* Burton, un veinteañero desgarrado, con la piel oscura marcada por alguna enferme-



dad contraída de niño, vestido de forma humilde y con una expresión muy seria en el rostro, precisamente él, que solía parecer afectado por una parálisis facial que lo condenaba a una alegría perenne.

—Señor Artan Hagopian, mi amo lo necesita. Es urgente.

Su fuerte acento de Oriente Medio y el tono grave hicieron que aquella sencilla comunicación tomara un cariz espeluznante. Yo, que estaba de pie en el umbral, tres escalones por encima, asentí lentamente y con un gesto automático encendí el cigarro tras coger las cerillas de un bolsillo de los pantalones.

Para explicar la calma con la que recibí la noticia, diré que en buena parte fue por mi educación oriental, que le da preferencia a una sosegada reflexión ante las reacciones neuróticas típicas de los europeos, y eso me lleva a querer aclarar cómo mi nombre, mitad albanés y mitad armenio, se debe a un caprichoso encuentro, acontecido en tierra otomana, entre una caravana de mercaderes que transportaba tapices a Estambul y una delegación de dignatarios procedentes de Tirana.

El hecho es que me encontré en uno de esos momentos de la vida en que el tiempo y los pensamientos parecen detenerse. En el cielo no había estrellas y reinaba un silencio sepulcral, como si el mundo, el universo entero estuviesen a la espera de un terrible acontecimiento. Le eché un vistazo al carruaje de Burton, que estaba aparcado en la calle. El caballo piafó. El cochero lo apaciguó con un par de silenciosos silbidos, se arregló el cuello del abrigo y se caló el sombrero en la cabeza. Se oyó el ulular de una

lechuza. La escena me hizo pensar en un oscuro cuadro flamenco, y volví en mí solo cuando una campana, a lo lejos, dio las doce.

—¿Está muy mal? —pregunté dejando escapar el humo del cigarrillo.

El criado miró al suelo y asintió con la cabeza.

Entré en casa para vestirme y cuando salí vi que se había acomodado en el pescante junto al cochero. Yo subí a la parte trasera, me acurruqué en el asiento y crucé los brazos a la altura del pecho. Recuerdo que sorbía con insistencia, como suelo hacer cuando estoy nervioso.

Hacía años que sabía lo que tendría que hacer llegado el momento de la muerte de Richard Francis Burton, pero, dentro de lo posible, me había impuesto no pensar en ello, y ahora...

Conocí a *sir* Burton diez años antes, cuando yo tenía treinta y él casi sesenta. Entró en la tienda de decoración china y artesanía oriental que yo había abierto hacía poco tiempo en Trieste y expuso ciertas consideraciones sobre algunos objetos procedentes de Cachemira. No sabía quién era aquel caballero, pero enseguida comprendí que me encontraba en compañía de un experto al que no podría engatusar, como acostumbraba a hacer con los ricos burgueses de la ciudad. Admití que se trataba de reproducciones recientes, más apropiadas para la decoración de algún local público que para la colección de un aficionado. Expresé el concepto en inglés, para que se sintiera más cómodo, y él, de hecho, quedó tan satisfecho con la respuesta que quiso saber más sobre el negocio que tenía.

Con el paso del tiempo, sus visitas a la tienda se hicieron más frecuentes, correspondidas con mi asistencia a las cenas organizadas por lady Burton, y como sucede entre hombres que el destino había querido unir, un conocimiento recíproco más profundo reveló la afinidad que compartíamos en la forma de pensar pese a los años que nos separaban y el estilo de vida considerablemente diferente.

De hecho, la vida de *sir* Burton —que entre otras cosas, era el cónsul británico en Trieste— había estado llena de aventuras que se contaban y exageraban en los salones de media Europa, salpicadas de escándalos y grandes estímulos culturales, mientras que la mía era la de un tranquilo comerciante que ya solo viajaba por trabajo. Sin embargo, compartíamos la pasión por Oriente y, sobre todo, un interés especial por los aspectos esotéricos de su cultura. Estos temas hicieron que nuestra amistad se transformara en una relación de maestro y discípulo.

El carruaje llegó a Villa Gossleth en menos de media hora. El criado egipcio se apresuró a bajar y a abrirme la puerta.

Tal vez la imaginación me jugó una mala pasada, pero el ambiente de la casa me parecía diferente del habitual, casi gótico, aunque en la decoración no hubiese cambiado nada y las luces estuviesen todas encendidas.

Me acompañaron hasta una habitación en la planta superior y me invitaron a entrar. Burton estaba tumbado en la cama, con el torso ligeramente elevado y apoyado en dos voluminosos cojines blancos; la piel de búfalo que



utilizaba como manta lo cubría hasta el abdomen. Vestía el jubón de un pijama a cuadros, tenía el pelo cortado muy corto y la perilla poblada, pero bien cuidada. Tenía los ojos cerrados y las manos en el pecho, cruzadas una sobre la otra, como si estuviese ensayando hacer el muerto, y en realidad en ese momento pensé que ya había pasado lo irreparable. En el aire flotaba ese olor indefinible que a menudo emana quien se encuentra en el límite entre este mundo y el otro.

Su esposa, una mujer corpulenta de casi sesenta años, arreglada con un vestido gris, cerrado bajo la barbilla, que le caía hasta los tobillos, estaba sentada a su lado. Era de profundas convicciones religiosas y probablemente estuviera rezando, lo que podía explicar la postura que mantenía él, que por el contrario, era sospechoso de islamismo y sin duda no dejaba escapar la oportunidad para polemizar, incluso en su lecho de muerte.

Lady Isabel Burton me miró, me saludó con la cabeza y salió de la habitación sin decir nada y con la mirada gacha.

Cuando Richard oyó que se cerraba la puerta, abrió los párpados y exploró la habitación con la mirada.

—Amigo mío —dijo intentando sonreír—, acércate. Yo me aproximé a la cama.

Con su habitual gesto autoritario, levantó la mano izquierda para indicarme que guardara silencio y dijo:

—Escúchame con atención. Ya sabes lo que te espera, y ninguno de nosotros dos puede cambiar lo que se decidió en su momento. Yo te hice la propuesta y tú aceptaste, ¿te acuerdas? Entonces te emocionaste como un

niño. Ahora debes honrar la promesa. —Se detuvo un instante y su rostro se contrajo—: Ten paciencia, tengo dolores muy fuertes en las piernas —añadió.

—Richard, no es seguro que...

—Artan, no vayas a arruinarlo todo justo al final. Los dos sabemos que mi muerte está próxima, será cuestión de horas, quizá menos. Las personas como nosotros huelen estas cosas en el aire, ¿verdad? —entrecerró el ojo derecho—. Abre el cajón de la mesita de noche.

Obedecí. Dentro había una caja cuadrada de unos quince centímetros de lado y tres de alto, toda de plata. Estaba repujada con una abeja estilizada en el centro de un diseño geométrico de factura oriental.

—Cógela —me conminó con voz ronca, pero aún clara, Burton.

Agarré la caja y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Sorbí y me quedé inmóvil, paralizado por saber la enorme responsabilidad que estaba a punto de cargarme a los hombros.

—Amigo mío, ahora tú eres el guardián. Por favor, elige bien a tu sucesor e instrúyelo como he hecho yo contigo.

—Pero...

—Ya no tienes las manos de trapo. Has aprendido bien lo que te he podido enseñar. Ahora vete, no quiero que estés aquí cuando llegue mi fin. Isabel ya ha llamado al médico.

Me metí la caja en el bolsillo del redingote y le cogí la mano derecha a Burton por última vez:

—Maestro... Richard...

—Nada de sentimentalismos, vete —me instó con la poca fuerza que le quedaba—. Y haz lo que debes hacer. Adiós.

Miré por última vez la expresión perpetuamente fruncida de *sir* Richard Francis Burton, me di la vuelta y salí de la habitación luchando contra el impulso de volverme.

Sin embargo, no conseguí contener las lágrimas.



DOMINGO

CAPÍTULO 1

LA PUPILA RIBETEADA DE AZUL ESTABA DILATADA AL máximo y recogía la luz de una estrella terriblemente blanca, la más intensa de la esfera celeste, tal vez la última belleza que Arturo Rojaz vería en su vida.

Era la noche de Pascua de 1902 y el silencio que lo envolvía era total. Los últimos sonidos que escuchó fueron las palabras dulces e incomprensibles de la mujer a la que salvó del peligro y el repiqueteo cada vez más lejano de sus agresores, que huyeron a la carrera después de haberlo apuñalado.

Tumbado en el suelo, su cuerpo temblaba por los intensos escalofríos y la respiración entrecortada que se condensaba frente a la boca en penachos fugaces de vapor. Tenía el ojo izquierdo cerrado por un hematoma oscuro e hinchado como el vientre de una araña venenosa, y las puñaladas en el abdomen lo desgarraban como si hubiese tragado plomo fundido, pero lo que más lo aterraba era notar la sangre que corría por su cuerpo y derrochaba su vida por las hendiduras del adoquinado.

Desde el principio había pensado que aquel asunto era peligroso. Para llegar al cerro de San Giusto había atravesado la ciudad en un recorrido tan complicado que, de haberlo seguido alguien, sin duda lo habría confundido con un extranjero perdido y sin ningún sentido de la orientación. En todas las esquinas de las calles se había girado para mirar hacia atrás, con los ojos que apenas asomaban por el cuello levantado del abrigo. Para la ocasión había comprado un sombrero negro de porteador, que no era su estilo, pero que lo ayudaría a disimular su identidad.

Sin embargo, a pesar de las precauciones, todo había salido mal, y ahora estaba a punto de morir solo en un callejón mal iluminado, con el terrible conocimiento de que dejaría un pésimo recuerdo de su paso por el mundo. A la mañana siguiente, de hecho, alguien encontraría su cuerpo sin vida y luego, en el bolsillo interior del abrigo, la carta que no había conseguido entregar, así que en Trieste estallaría un escándalo que ni siquiera podía imaginarse.

Rojaz no podía soportar semejante deshonra. Decidió tirar el sobre por el desagüe que se abría junto a él, así su fracaso no tendría consecuencias. Tanteó con la mano izquierda el grueso papel del paquete y la superficie irregular del sello de lacre que lo cerraba, luchó contra un desmayo inminente y al final sacó el sobre. Meterlo en la rejilla de hierro, en cambio, era muy distinto. Tuvo que pararse por una punzada; las heridas ardían como fuego.

Sentía que estaba dando los últimos compases de su existencia, pero un atisbo de esperanza le inflamó el pecho

cuando oyó el sonido de unas pisadas. Quizá la mujer a la que había salvado había vuelto para devolverle el favor. Empleó las últimas fuerzas que le quedaban en pegar con la palma de la mano izquierda en la calzada y llamar la atención, pero no pudo emitir un sonido que fuese audible. No vino nadie, por eso volvió a concentrarse en el sobre y la alcantarilla. Se las arregló para levantar el brazo un par de centímetros, pero enseguida tuvo que rendirse al dolor. Intentó gritar y el grito se le ahogó en la garganta.

En ese momento, una figura oscura tapó la blanca estrella y lo último que percibió Arturo Rojaz fue el sonido del sobre al ser pisado y el destello de la navaja con la que iban a rajarle el cuello.



DE LOS RECUERDOS DE ARTAN HAGOPIAN

Los peligros de Hong Kong

ERA EL 28 DE AGOSTO DE 1901 Y DESPUÉS DE DOS semanas de navegación arribé a Hong Kong en busca de antigüedades y otras mercancías para mi negocio. No me había dado tiempo aún a acostumbrarme de nuevo a tierra firme cuando tuve un repentino golpe de suerte: el contacto chino que me había recibido en el muelle no tardó en indicarme el almacén de un traficante, probablemente uno que tenía lazos con la Triada, donde podría comprar objetos a precios asequibles sin tener que enfrentarme a las complicaciones de la oficialidad. En fin, la suerte parecía estar de mi lado y me dejaba entrever la perspectiva de concluir aprisa buenos negocios y embarcar rápidamente para volver a casa.

Por lo demás, en Hong Kong las cosas solían transcurrir de ese modo. Las oportunidades aparecían y desaparecían, y la desgracia más negra o la suerte más benévola podían relevarse la una a la otra de manera abrupta. En resumen, no habría sido nada extraño si, aquella vez, en



lugar de toparme con una ocasión tan prometedora me hubiera robado una prostituta o me hubieran estafado o abandonado en un fumadero de opio, o asesinado en un callejón. O, más simple, si me hubiera llevado semanas encontrar lo que buscaba. Y hay que decir que estas cosas las sé por experiencia propia, porque, normalmente, mis expediciones chinas acababan justo así, excepto por el asesinato.

La cita de negocios se había fijado a las ocho de la tarde; así, tranquilo y relajado, bien descansado del viaje en el buque inglés al que había subido en El Cairo y del que bajé en China, me adentré en un barrio habitado únicamente por chinos, una zona donde los europeos no corrían peligro pero donde tampoco conseguían la consideración que se esperaban. No era la primera vez que iba allí; cada una de mis visitas a la ciudad incluía pasar al menos una mañana con Ling, un anciano de cabellos blancos y mirada perspicaz que unas veces me enseñaba los secretos del I Ching y otras me echaba de casa confiando en la capacidad de persuasión de su bastón de bambú.

Me puse en camino sin ni siquiera percatarme del sofocante calor, de la humedad y de los mosquitos, que ponían todo de su parte para acabar con mi sosiego; me abrí paso a codazos entre el torrente de gente atareada que poblaba calles y callejuelas, disfrutando el aroma de la fruta, las especias y el arroz hervido e ignorando el olor omnipresente a pescado frito mezclado con el insoportable hedor a cuchitril que subía por los canales del alcantarillado a los lados de las calles y de los montones de inmundicia apilados en todas partes.

El viejo Ling me acogió con cordialidad, entre reverencias y sonrisas. Vivía en la primera planta de un edificio de ladrillo y madera, dos habitaciones alquiladas con muebles sencillos, repletas de estatuillas que representaban dragones de diferentes clases y en diversas posturas. Me ofreció té ahumado, hablamos del clima, que no prometía nada bueno, al menos a juzgar por los nubarrones negros que se amasaban sobre las colinas a espaldas de la ciudad, e hicimos referencia a algún tema filosófico.

Cuando le pedí un augurio sobre el negocio que estaba a punto de cerrar, el chino me pasó tres monedas perforadas y me dijo que las lanzara seis veces seguidas. Apuntó los resultados en una hoja de papel, con forma de guiones largos y cortos alineados según el orden de lanzamiento.

En el momento en que quedó completado el hexagrama, Ling meditó un minuto, moviendo la boca como suelen hacer los ancianos desdentados y mascullando palabras poco claras, luego predijo una gran satisfacción relacionada con el comercio, pero seguida por una aventura que me conduciría a situaciones insólitas, aunque no del todo desagradables. El viejo se preocupó de explicarme también los distintos significados del hexagrama y las diferentes posibilidades de interpretación.

Yo, para agradecerse, lo invité a almorzar en una cantina de la zona, donde, según decían, cocinaban los mejores espaguetis *wanton* de Hong Kong, y mientras comíamos en silencio, doblados sobre cuencos de terracota, mi mente se las ingeniaba para adivinar cuál podía ser la aventura que me había anunciado.

Al atardecer, cogí una calesa y fui al almacén del traficante, donde cerraría el mejor trato de mi carrera. Con toda probabilidad, si el viejo Ling hubiese sido menos hermético con su augurio, habría optado por la costumbre y con gusto habría empleado varios días en encontrar todas las mercancías que necesitaba, evitando así los hechos que estaban a punto de sucederme, un viaje larguísimo para volver a casa y muchas otras molestias y peligros. Sin embargo, como con todo, hay que tener en cuenta la otra cara de la moneda: jamás habría encontrado a la mujer más bella de este mundo.

El almacén en cuestión se encontraba en la zona del puerto comercial. Se trataba de una gran construcción de madera donde se guardaban en abundancia sacos de té, artículos de madera y marfil, porcelanas, rollos de seda muy suave, incienso, especias y otros miles de cosas. Dentro, la luz amarillenta de las lámparas de gas bastaba para ver la mercancía, y el olor que saturaba el aire era el de siempre, la mezcla inefable que se respiraba en aquella ciudad: los buenos aromas de la mercancía y la terrible peste de las calles.

Ya había terminado algunas compras y estaba comprobando la calidad de un lote de finos jades antiguos que podría vender en Europa por el triple. Entre otras cosas, en la mano sujetaba la estatuilla de un dragón, una pieza de gran belleza elaborada con inusitada maestría. Lo estaba examinando con una lupa para comprobar su integridad cuando alguien se me acercó por detrás: «¿Herr Artan Hagopian?».

Levanté la mirada. El desconocido era un hombre diminuto de unos cincuenta años, de porte elegante y con

la típica expresión concentrada del erudito. A primera vista, un observador descuidado lo habría etiquetado como un hombre de fuerte personalidad, pero mis ojos, entrenados para evaluar al momento a clientes y proveedores, no tardaron en percibir que había algo perverso en él, una mirada magnética que revelaba una sutil perversidad capaz de infundir temor.

Tenía ojos azules, nariz aguileña, cabello rubio ceniza y barba del mismo color. Vestía un frac negro con camisa blanca y una estrecha corbata cogida con un camafeo con una perla ovalada encima. En la mano derecha sostenía un bastón de paseo embellecido con una elaborada empuñadura de marfil tallada en forma de cabeza de perro.

Al hombre lo acompañaba un amigo que parecía exactamente lo opuesto, excepto por la mirada. Un hombre que vestía con sencillez, era alto y robusto, una especie de gigante con las manos como palas y un enorme bigote negro curvado hacia arriba. Si hubiese tenido que adivinar su origen, le habría otorgado ascendencia rusa.

—Así es, señor —respondí en alemán—. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con el barón Cornelius van der Borg —dijo él batiendo los talones e inclinando levemente la cabeza.

El hombre hablaba un perfecto alemán, pero con un acento que dejaba revelar orígenes más nórdicos; no sabría añadir más detalle.

—¿Y a qué se debe el placer? —interrogué.

Los ojos del barón se clavaron en la estatuilla que yo analizaba. Arqueó una ceja y dijo:

—Una pieza espléndida. ¿Me permite? —Extendió una mano envuelta en guante blanco.

—Por supuesto —se la pasé.

El barón se sacó el monóculo del bolsillo del chaleco y se lo colocó en el ojo derecho. Estudió la estatuilla muy de cerca y concluyó dando su valoración:

—Dinastía Qing. Diría... segunda mitad del siglo XVIII, durante el reinado del emperador Qianlong.

—Coincido con usted —repliqué sorprendido—. Perdóneme la franqueza, pero ha venido para soplarme el trato, ¿verdad?

El traficante chino, que no entendía el alemán y nos miraba intentando captar información por nuestras expresiones y tonos de voz, probablemente empezaba a saborear algún tipo de subasta por aquella pieza, pero en breve habría de quedar decepcionado.

El alemán me devolvió la estatuilla con una sonrisa y se quitó el monóculo.

—No se preocupe, *herr* Hagopian. Cierre su acuerdo, yo le propondré otro.

—Mucho me temo que tendré que declinar su oferta incluso antes de oírla. La compra que estoy a punto de realizar dejará mi disponibilidad económica a cero, y preferiría evitar recurrir a los bancos.

Él hizo un gesto vago con la mano:

—Es un hombre sabio, justo como me habían dicho. Sin embargo, el trato que le propondré no prevé ningún desembolso ni riesgo; al contrario, para usted supondrá un beneficio.

Lo miré con recelo:

—En ese caso —dije— no deberíamos llamarlo trato. El barón sonrió.

—Es usted inteligente y simpático, *herr* Hagopian. Y me cae bien, al margen de su deplorable propensión por el opio. Retarda el razonamiento, ¿lo sabía?

Aquella insinuación me sorprendió y me molestó, sobre todo porque dejaba al descubierto mis hábitos privados. Era evidente que solo me quedaban dos opciones: ahondar en el conocimiento del barón para entender cómo había obtenido cierta información y por qué motivo se había puesto en contacto conmigo, o bien ofenderlo y marcharme de allí.

Opté por la primera alternativa:

—Ahora bien, señor barón, en mi opinión ciertos estados mentales nos ayudan a entendernos mejor a nosotros mismos.

Pareció que al barón le gustaba la respuesta:

—Le espero fuera, en el muelle. Permítame que le exponga mi propuesta, no se arrepentirá, se lo aseguro.

Asentí con una reverencia, cerré el trato con el traficante chino, di instrucciones para el envío de las mercancías y me reuní con el barón.

Un sampán nos estaba esperando. En cuanto subimos a bordo, la vela se desplegó como si fuera un abanico y la embarcación se despegó de tierra firme, impulsada por una ligera brisa que soplaba desde las oscuras colinas que había a espaldas de la ciudad.